



EL PRIMER BAILE

CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL VIRREY DE LOS TRES SIETES

I

Magnífico estuvo el baile, como que todo contribuyó á su mayor realce, cuanto de ingenio, gracia y elegancia había por aquellos tiempos en esta ciudad. Unas con su belleza; con sus atractivos de espíritu, belleza de mejor quilate, las menos, y recargadas las más de alhajas, polvos y lunares, encontrábase en los salones del Alcázar de los virreyes, la noche del 26 de octubre de 1777, aquel «todo el mundo» que no falta en cortes ni aldeas.

Militares y comerciantes, pocos nobles, mucho alcalde, estancieros y advenedizos muy estirados, del estado llano, que con nombres y trajes de nobles, en demasiada llaneza se expresaban.....

¡Pero qué más, si hasta las monjas estuvieron de baile en aquel que coronaba las fiestas de la inauguración del virreinato!

Es decir, concurrieron á él, si no con la ligereza de sus pies, con la habilidad de sus manos; como que las mejores pastas, dulces y confituras, no duros confites y canelones de Córdoba, eran, si no fina, especial factura de capuchinas.

Las catalinas con sus flores, los dominicos con sus pavos y demás fruta de corral, los franciscanos con toda clase de hortalizas; hasta San Antonio tuvo allí su representante en los congéneres de su marranc y lechoncitos adobados, que, servidos á media noche, produjeron magníficas indigestiones.

También la de estos frailes, como la iglesia más cercana, había presta-

do sus viejas alfombras y flamantes candelabros de plata que, con la herencia de los jesuitas, les llegaron de misiones.

Desde antes de prenderse todas sus luces en el salón espléndidamente adornado, notábase en el rincón de las zetas el dialecto en *crescendo* de vascos, y agudas voces como las que hoy se han retirado al otro lado de Barracas. Hablaban en voz alta y en montón: Zavalas, Zapatas, Zavaletas, Zeballos, Zúñigas, Zarrateas, Zaráchagas, Zorrillas, Zuloagas, Zarragas, Zubizarretas, Zuvirias; en el mismo salón donde luego danzaban, paseaban y chismografiaban en voz baja, entre las primeras doncellas del virreinato, las de Anzoátegui, Uriburu, Arteaga, Echenagucia, Echegaray, Elizalde, Sagastizabal, Ibaceta, Gorriti, Ezcurra, Garmendia, Iriarte, Mujica, Olavarria, Ortiz, Otamendi, Beracochea.....

Vascos como langostas llovieron de Barracas y otros puntos á saludar al único rey que nos ha visitado un siglo más tarde, cuando llegó por estos barrios D. Carlos, el pretendiente. Este fuerte erizado de cañones para defender la majestad de uno de sus abuelos, lo encontrara convertido en salón presidencial, abierto á todos los bienvenidos. No menos antecesores de los honrados vascos que alzaron entre nosotros su tienda de trabajo, acudieron á la recepción del virrey vascongado, menos por lo de primer vice que por lo de vencedor de portugueses.

No teniendo costumbre de seguir las crónicas que por hogaño se estiman, haciendo danzar todas las letras del alfabeto, sólo recordaremos de paso que en la primera contradanza de honor, frente al virrey, acompañando á la alcaldesa, señora de Zarratea, y al almirante, marqués de Casa Tilly, con la señora del Correo (Basavilvaso), hacía vis á vis el alcalde de *vara larga* y la señora de Riglos, y el esposo de ésta á la Mariquita Rospillosi, célebre por su ingenio, digna sobrina del primer abogado de campañillas que vino al país, sabio maestro de todos los doctores del virreinato.

Después de tres horas de baile, en la última cuadrilla ya hacían *ojitos tiernos*, entre otros jóvenes oficiales adornados por el fresco laurel de la victoria, Diego de Alvear á la Balbastro; Arce á la Zarratea; frente á Olaguer, que figuraba con la bella Azcuénaga; Saavedra acompañando á la Escalada en danzas y contradanzas, hasta que bien pronto se enredó la danza en pasos y medios pasos, como que en todos los pasos buenos y malos acompañaron por toda su vida estas patriotas abuelas del virreinato á tan ilustres militares, cuyos descendientes después de un siglo siguen esparciendo la semilla de la elegancia en nuestra culta sociedad y nobles ejemplos de honradez tradicional.

Si algún cronista *claro* hubiera asistido al primer baile del virreinato, no habría dejado de recordar, en el salón de honor, el rincón de los

virreyes; pues en un momento dado rodearon al general Zeballos, si no todos, hasta la mitad al menos de los que bajo solio tan efímero le sucedieron: Vertiz, Olaguer, Sobremonte, etc., etc.

II

En la sala siguiente á la del estrado, otro grupo, que bien pudo clasificarse de primer grupo artístico del país, admiraba una antigua tela de Nuestra Señora del Luján, firmada por algún Miguel Angel (de exportación), autógrafo semejante al que, con antejo de larga vista expresamente construído para divisar la hora de la Intendencia, se lee borrajado en el gran cuadro de la sacristía en San Francisco, de gran elevación, si no por su mérito, por la bóveda en que se halla suspendido.

Extático la contemplaba el célebre escultor guaraní, misionero José, que más tarde exhibió esa obra admirable de inculco ingenio y de paciencia, en la imagen del Señor de la misma, á la entrada de la Merced; y el cuzqueño Rivera, que poco después nos había de legar el primer grabado hecho en el país, representando á Nuestra Señora del Luján, observaba la primera medalla acuñada en Buenos Aires, en 1746 (jura de Fernando VI), en el ángulo opuesto.

No obstante la gravedad y circunspección de las parejas en el baile, lo ceremonioso de los saludos y pausado de las figuras, del silencio entrecortado por medidos diálogos en voz baja, adivinados más que oídos, entre tímidos *percundantes* no dejaba de saltar alguna chispa de espiritualidad que iba á romper la monotonía de esa fila de mudas sentadas en camoncillos entarimados, á lo largo de las paredes.

No se hablaba de modas, que poca novedad se introducía en la de los tiempos coloniales; ni de política, que no había; ni de periódicos, que no llegaban. Se murmuraba menos, cortándose pocas sayas, que escasas eran las sastras; pero hasta en los bailes se conversaba de santos, que no sólo en iglesias, sino en calles y salones se veneraban. Medio siglo más tarde, en casas antiguas continuaba la costumbre de rezar el rosario antes de empezar el baile, ante la imagen de bulto, que era el adorno más preciado del salón; aunque las cuentas entre sus dedos bailaban menos que los ojos ansiosos de las devotas, pispando al través de la ventana si el preferido llegaba entre los que paseaban con paciencia en el patio. Oímos al pasar—agrega el cronista, que como observamos, no fué *clarovidente*—parte de chistoso diálogo, entre una viva andaluza y otra grave castellana, contemplando un San Bruno de naranjo. El cura de Jesús y Trinidad lo acababa de enviar. Años antes habíaselo obsequiado el cacique de aquella reduc-

ción al general D. Bruno de Zabala, al llegar allí á poner paz entre mame-lucos y guaraníes.

En el rincón de las imágenes más ó menos toscamente labradas, se agrupaban las de los Apóstoles, de Corpus y otras misiones; pues si los santos no estaban de baile, no se retiraban por aquellos tiempos sus imágenes de la sala de fiestas.

Admirando ambas compañeras la santa imagen:

—Si está hablando—dijo riendo la salerosa.

—No habla, porque su regla conventual se lo prohíbe—contestó su amiga.—Pero está muy parecido.

—¿Le conociste?

—No fué de mi tiempo. De la comunidad del silencio (aunque en Granada hay Cartuja), poco prosperarían mudos Trapenses entre andaluces que hablan por los codos. Me contó, si, una devota del Santo, su media parienta, que nada de su nombre tenía San Bruno en su color; pues si pálido le puso el agua de Colonia en que se bañaba, en magro y transparente le convirtió la vida ascética á que se consagró.

—¡Cómo, mujer! Pues qué, ¿desde su tiempo vendía Farina, como sus sucesores, tras de esa catedral el agua, que falsificada me acaba de marear en el tocador?

—Otro es el que te anda mareando, y me parece sospecharlo en aquel oficialito buen mozo que bordeja entre dos aguas, cortejándote, conjuntamente que á la sobrina del virrey, como su digno ayudante. Por lo demás, natural es que este santo, Bruno de nombre y blanco de cara, cuando fué obispo de esa catedral que nunca se acaba, saliera por la puerta que da al río á bañarse en las aguas del de Colonia.

—Verdad. Pero algo se le olvidó al obispo de aquella perfumada diócesis, como el hacer obligatorio el ingreso en su comunidad ú orden del silencio á todas las suegras, desde que entraran en proyecto de serlo.

—¡Fatal olvido! Por eso, dice mi marido, buscó novia sin suegra.

Y seguían del brazo, riendo, cortando y criticando, entre tan serias parejas *emperindingadas*, esas dos bellas hijas de la hermosa España, cuya chispa de heredado ingenio, cien años después, en los salones del Progreso, reunía alrededor alguna de sus nietas gran número de festejantes.

III

Atraído sin duda por el recuerdo de la tierra lejana, cerca del San Bruno de naranjo sin espinas hallábase el artista del país de los mismos, indio Miguel, maestro de orquesta sin segundo, discípulo de los jesuitas.

Tanto vibró su violín, que hasta en la inauguración de San Fernando (1805) todavía guiaba en el Canal la banda de jóvenes guaraníes que alegraban la fiesta con su agreste música.

En un ángulo del salón principal, al pie del estrado, dirigía éste la orquesta que, á uno y otro lado del clavicordio, formaban arpas, violas, flautas y guitarras.

En el descanso había ido á tomar su matecito paraguayo, al tiempo que el joven Rivera se lo alcanzaba al teniente Vedia, y en momentos que éste, futuro abuelo del malogrado poeta Adolfo Mitre y Vedia, explicaba al padre del poeta Rivera Indarte como venía de voltear la última bandera portuguesa que flameó sobre los muros de la Colonia del Sacramento. Tan aprovechada lección dió por resultado que, años después, á pocos pasos de la sala del primer baile, desde el bastión sud de este mismo fuerte, con certero cañonazo volteara el padre del Tirteo argentino (poeta Rivera Indarte) la bandera inglesa, tan breves horas enarbolada en la *torre de las balas*.

Cada ramillete parecía un monumento, y cada mesa un altar, en la cargazón de adornos, de luces y de flores, que no en balde mandarían las monjas sus mulatas de mejor gusto en lo de componer altares.

El benjuí, las pastillas de las catalinas, los zahumadores y flores de seda y gusanillo, orlando los marcos de espejos venecianos, y aun el murmullo y cuchicheo de chinas y mulatillas (cabezas más ó menos desgredadas agrupándose entre las gruesas rejas de las ventanas), envolvían todo aquello en cierto ambiente de sacristía.

Siguiendo el largo zaguán, apenas alumbrado por farolillo vergonzante colgado de la bóveda, lagrimeando sebo de amarillenta vela de baño, llegábase al cuarto de los recortes; pues sayas y honras cortábanse á destajo entre el capellán castrense y la mulata chismosa que preparaba el chocolate.

Servía como de sacristía á la capilla del Fuerte, tras del pabellón de dos pisos próximo al bastión norte, aquella habitación en que algunos viejos vecinos, contertulianos de todas las noches, tomaban mate jugando al tresillo.

Una gran copa de bronce en el centro, llena de fuego, supliendo la estufa, no introducida en el país, calentaba la chocolatera de plata con que servíase el aromado *somomusco*, en grandes pocillos alcanzados por el negrillo de librea dominguera.

De vez en cuando la murmuración quemaba, subiendo de punto. Como el chocolate apagaba las brasas al subir y derramarse, apagaba la efervescencia el físico Sr. de O'Gorman, cirujano de la real armada y pri-

mer protomédico, tan alto y esbelto como el canónigo O'Gorman. Prudente y tolerante como él, desde su sillón de baqueta claveteada interrumpía la murmuración con cortes á éste semejantes:

—Pues si la currutaca del traspíe referido se halla en el salón, calumnia ha de ser de alguna envidiosa de su donosura. En sociedad tan reducida todos nos conocemos, y el señor virrey ha venido á redimir cautivas y no Magdalenas.

IV

Frente á la puerta de entrada colgaba un cuadro de Santa Cecilia, y á los lados dos consolas de pie de cabra sostenían largos espejos venecianos. Una araña central, de plata maciza, esparcía la luz de seis velas de cera hacia los estrados que á una y otra cabecera alzaban su grada.

A la derecha el de las señoras, y á la izquierda para los caballeros. De peluquines empolvados y con largas coletas éstos, lucían zapato de hebilla de plata sobre media de seda blanca, estirada y adherida al calzón corto, deslumbrante charretera, corto y largo chupetín bordado, como el casacón.

De cortos y encarpados vestidos de *brocato* y *tisú* de seda ellas, en sus ceremoniosos saludos y pausados movimientos parecían tías imágenes de palo, con amplios guardainfantes que las ahuecaba tanto como su vanidad; anchas mangas, cinturas de avispa, altísimos peinados blancos, daban, no la mano, sino apenas dos dedos, como quiere el empresario Querubini en la parodia de *Africana*, para contradanza tan solemne y muda como pasos de los conventuales de San Bruno.

La medida conversación en voz baja adolecía de parsimonia y monotonía, pues nadie se hubiera atrevido durante la danza á dirigir la palabra á su compañera, exponiéndola á perder el compás ó equivocar una figura, cosa más grave que mayúsculo *lapsus lingue* entre vascos y andaluzas.

Grupos de hombres á un lado departiendo á media voz y murmurando menos que en la actualidad, y señoras sentadas en el opuesto. Apenas se aproximaban á éstas, cuando el maestro de ceremonias ó bastonero oficial nombraba parejas.

Por su lujo y elegancia, por su belleza y *esprit*, tuvieron en aquel primer baile del virreinato digna representación, entre otras antiguas familias, las de Gainza, Agüero, Olavarría, López, Perdriel, Maciel, Balcarce, Uriarte, González, Rocamora, Aguirre, Ibáñez, Marín, Lezica, Acasus, Igarzábal, Rodríguez, Pereyra, Lucena, Laja-Rota, Arroyo, Irigoyen, Urien, Larrea, Segurola, Leiva, Salas, Gómez, Gauna, Fernández, etc.

V

Alguna de nuestras amables críticas, que suele meter sus naricitas ó pasar sus ojos por estas tradiciones antes de publicarse, asegura que no fué este el primer baile, pues leyó en Corcolorcobo que poco antes concurrió á un baile donde contara ochenta carruajes.

Tenemos para nuestra capota que sea este uno de sus ochocientos pecados contra el octavo.

Insistimos en creer que el primer baile en el Alcázar de los virreyes no pudo tener lugar antes de la invención de los mismos.

De rama en rama, entre las de los manzanos del paraíso, huyendo de la astuta serpiente y á salto de mata, ó brinco de contradanza, se deshacía en muecas y contorsiones, saltando la primera mona: Eva de todas las monadas que luego llenaron bosques y salones.

Por más que suele repetirse que es la mujer la más dada á engaños, fingimientos ó imitaciones, resultando, á pesar de ello, la obra más perfecta, como postre ó coronamiento de todas, antes de ella, debió bailar la mona.

Pero la verdad verdadera es que el autor de la pirueta coreográfica no fué un orangután, sino la kangurú, que nació bailando.

Más antiguo que la familia humana es el abolengo del arte de hacer piruetas; pero limitando éste á los que andan siempre bailando en un pie, si hubo cortesanos antes de haber corte, sólo pudo celebrarse el primer baile real ó virreinal después que estos adminículos de gobierno (virreyes) se introdujeron en la tierra.

Muy noble ciudad habíase desde años atrás declarado, que aún no contaba noble alguno, como elevada fué á virreinato la colonia sin que virrey hubiera.

Más de catorce meses tardó en llegar el primero, que poco calentó la silla; pues antes de siete meses, un mal día nublado, gris de diablos azules, nos dijo buenas tardes, despidiéndose á la francesa.

Verdad es que á la misma moda entró, y cuenta la crónica que sólo tres ó cuatro pilluelos de plaza que hacían la rabona, le encontraron por casualidad, quienes en demasiada confianza le recibieron, y en familiar conversación, subiendo la barranca, acompañaron al general Zeballos hasta el Fuerte, una vez dentro del cual, recién se dió á conocer como primer virrey de una de las pequeñas colonias de la grandeza de España, dentro de cuya miniatura cabe veinte veces la España entera.

Y así acabó la fiesta sin accidente notable, más que el coronamiento

de Zeballos por la más hermosa hija de la tierra, doña Mariquita Rospillo-si, que puso sobre las sienes del vencedor de los portugueses corona de laurel y rosas.

La verdadera inauguración del virreinato ya la había anticipado Zeballos arrojando á cañonazos á estos intrusos de la otra banda.



El fuerte de la Colonia del Sacramento en 1810